

EL GRAN GATSBY. Francis Scott Fitzgerald

“El suyo era un don extraordinario para la esperanza, una romántica disponibilidad como nunca he hallado en otra persona y no es probable que vuelva a encontrar”. Esta es la forma en que Nick Carraway, el narrador de *El gran Gatsby*, se refiere en el primero de sus capítulos a su melancólico protagonista, un nuevo rico cuyas ganancias durante el tiempo de la Prohibición corrompen un idealismo basado en los mitos americanos de la autosuficiencia y las oportunidades ilimitadas. La novela se publica en 1925 y, a pesar de su fracaso comercial, supone la consagración de Scott Fitzgerald como escritor. T.S. Eliot, Gertrude Stein, Robert Wilson, se rinden sin condiciones ante esta obra que desde entonces no ha hecho sino fascinar a generaciones de lectores, y que puede sin duda considerarse como uno de los grandes libros de este siglo.

Y, sin embargo, Scott Fitzgerald ya está sumergido mientras la escribe en la espiral autodestructiva que acabaría con él. Se exhibe sin reserva ante la sociedad de los hoteles de Europa y América; su relación con Zelda, una mujer atractiva, inteligente y desequilibrada que terminará internada en un manicomio, se resquebraja; y el mundo de fiestas, flirteos, esteticismo, alcohol y ansiedad económica, comienza a minar su salud, y a poner seriamente en peligro su capacidad creadora. Fue el mejor cronista de una generación que, como él mismo escribe, “llega para encontrar a todos los dioses muertos, todas las guerras acabadas, toda fe en el hombre puesta en duda”. Definió la Edad del Jazz, la prosperidad efecto de la primera Guerra mundial y diagnosticó con amargura su inevitable fracaso, pues la nueva clase que surgiría con el enriquecimiento, terminaría por traicionar todos los ideales de alegre y generosa jovialidad por su materialismo y su ignorancia.

Esta novela contiene el retrato implacable de esa nueva clase. Jay Gatsby, su protagonista, es el prototipo de la persona de clase baja, inmoral e imprudente, que quiere triunfar a toda costa y que finalmente será destruída por el poder mayor de aquellos a los que trata de imitar, cuya inmoralidad es superior a la suya. Y sin embargo, Nick, narrador de esta historia, dotado de una indiscutible perspicacia para percibir la falsedad y dureza del sistema clasista americano, no puede dejar de rendirse hacia su indiscutible encanto. Su aura romántica, le transforma en lo contrario de los verdaderos ricos, una clase alta casi desde su origen, sin moral, que carece de posibilidades redentoras. Gatsby no pertenece a esa clase, o no al menos

enteramente. De hecho su deseo de riqueza no tiene otra causa que conseguir el amor de una muchacha. Keats y el romanticismo le han enseñado a Fitzgerald que la verdad era belleza, pero también que la vida debe vivirse al instante, porque nada mortal, y especialmente la belleza y la juventud, puede ser duradero. El creador sería aquel que trabaja para los demás, de modo que puedan aprovechar la luz y el brillo del mundo. Y Gatsby cumple exactamente esa función, la de situarse en ese centro y devolvernos en forma de sueño lo que antes tomó, con precipitación y avaricia. Y ese es su inequívoco encanto. Su reino es, por eso, el del enamorado del sombrero de oro que aparece en la cita con que se abre el libro. “Ponte el sombrero dorado, si eso ha de conmoverte; si eres capaz de saltar muy alto, hazlo también por ella, hasta que exclame: ¡Enamorado saltarín, enamorado del sombrero de oro, tendrás que ser mío!”

Para el bailarín enamorado se trata de una búsqueda doble: lograr el objeto de su visión, y recobrar esa visión en su forma eterna y divina. Es decir, el viejo sueño de los alquimistas de transmutar la materia en oro. Y el oro es, claro, símbolo del poder y del dinero pero sobre todo de esa eternidad y esa plenitud. O dicho de otra forma, el oro de las cuentas bancarias se transmuta gracias a esa presión de los sueños en el oro mágico de los cuentos. “Mi prima tiene una voz indiscreta -hice notar. (...) Una voz llena de dinero -dijo Gatsby de repente. Así era. No lo había entendido hasta entonces. Estaba llena de dinero: ése era el encanto inagotable que subía y bajaba de su voz, su tintineo como de campanillas, la melodías de címbalos que había en ella... En lo alto del blanco palacio la hija del rey, la muchacha de oro...” La muchacha de oro es, claro, la chica rica, descarada, autónoma e insaciable de tantos relatos de Scott Fitzgerald, una de esas criaturas desconsideradas capaces de hacer añicos cuanto se pone a su alcance y de “volver enseguida a su dinero y a su desconsideración dejando que otros se encarguen de limpiar lo que ellas han ensuciado”, pero capaz también de revelarnos, gracias a su rara facilidad para confundir realidad y ficción, que “la roca del mundo está sólidamente asentada sobre las alas de un hada”.

Y entonces entenderemos la maravillosa cualidad de esta novela, y la fascinación eterna que ha ejercido y seguirá ejerciendo sobre sus lectores, que no es otra que su cualidad de cuento de hadas. Una cualidad que, por ejemplo, se hace patente en el tratamiento que recibe en ella la luz, el color y la naturaleza. Nick viene del oeste y, en las primeras páginas de la novela, contempla la llegada del verano en Nueva York con los ojos de quien se asoma al paisaje de la frontera. Cualquier cosa puede entonces suceder, ovejas paseándose por la quinta avenida, grandes explosiones de hojas brotando de los árboles como brotan las cosas de las

películas aceleradas, incluso una luna prematura saliendo, como la cena, de la cesta de los proveedores de las fiestas de Gatsby. Esto último es un efecto, claro, del dinero, de las posibilidades mágicas de la riqueza, pero también del aura misteriosa que rodea a Gatsby y a su espera en la noche. Nick se da cuenta de que Gatsby sólo trata de hacer retroceder el tiempo hacia un nuevo comienzo, ese punto dejado atrás hace cinco años en que él y Daisy hicieron su paseo encantado, y vio que las baldosas de las aceras formaban en realidad una escalera y subían hasta un lugar secreto por encima de los árboles, donde podría beber la incomparable leche de lo maravilloso. Pero también aprende una cosa, que no se puede regresar al pasado.

Por eso toma partido por él. La corrupción de los medios utilizados para alcanzar sus fines no ha alterado la integridad congénita de su alma. Dichos medios formaban parte de la corrupción de la época y eran los únicos que poseía un chico sin fortuna para realizar sus sueños. La verdadera corrupción, la del corazón, la descubre Nick, precisamente, en aquellos que desprecian a Gatsby y, sobre todo, en Tom, su rival en el amor.

Y toma partido por él porque Gatsby, vive en el tiempo sagrado de la creación, y su sacrificio no es inútil, porque gracias a él y a los que son como él descubrimos, como le sucede al protagonista de Absolución, uno de los cuentos que Scott Fitzgerald escribe poco antes de meterse de lleno en la redacción de El gran Gatsby, “que en alguna parte existe algo inefablemente maravilloso que no tiene que ver con Dios” (y aquí, en vez de Dios, podríamos escribir Poder o Dinero; es decir, “la roca del mundo”). “Al otro lado de la ventana, se lee en el último párrafo de este cuento, el siroco temblaba sobre el trigo, y chicas rubias paseaban sensualmente por los caminos que unían los campos, gritándoles frases inocentes y excitantes a los muchachos que trabajaban en los trigales. Bajo los vestidos de algodón se adivinaban la forma de las piernas, y el borde de los escotes estaba tibio y húmedo. Hacía ya cinco horas que la vida fértil y caliente ardía en la tarde. Dentro de tres horas sería de noche, y en toda la región aquellas rubias nórdicas y aquellos altos muchachos de las granjas se tenderían junto al trigo bajo la luna.”

Y esa es la virtud de esta novela incomparable, una de las más hermosas que se han escrito jamás. La de hacernos sentir que también nosotros, gracias al poder de los sueños, podemos estar con esos muchachos y muchachas de las granjas en el mejor de los sitios y tendernos junto al trigo, bajo la luna.

Nota: Los fragmentos de El gran Gatsby, se citan en la traducción de José Luis López Muñoz; los de Absolución, en la de Justo Navarro.

LA ROCA DEL MUNDO

“El suyo era un don extraordinario para la esperanza, una romántica disponibilidad como nunca he hallado en otra persona y no es probable que vuelva a encontrar”. Esta es la forma en que Nick Carraway, el narrador de El gran Gatsby, se refiere en el primero de sus capítulos a Jay Gatsby, un nuevo rico cuyas ganancias durante el tiempo de la Prohibición corrompen un idealismo basado en los mitos americanos de la autosuficiencia y las oportunidades ilimitadas. La novela se publica en 1.925 y, a pesar de su fracaso comercial, supone la consagración de Scott Fitzgerald como escritor. T.S. Eliot, Gertrude Stein, Robert Wilson, se rinden sin condiciones ante esta obra que desde entonces no ha hecho sino fascinar a generaciones de lectores, y que puede sin duda considerarse como uno de los grandes libros de este siglo.

Y, sin embargo, Scott Fitzgerald ya está sumergido mientras la escribe en la espiral autodestructiva que acabaría con él. Se exhibe sin reserva ante la sociedad de los hoteles de Europa y América; su relación con Zelda, una mujer atractiva, inteligente y desequilibrada que terminará internada en un manicomio, se resquebraja; y el mundo de fiestas, flirteos, esteticismo, alcohol y ansiedad económica, comienza a minar su salud, y a poner seriamente en peligro

su capacidad creadora. Fue el mejor cronista de una generación que, como él mismo escribe, “llega para encontrar a todos los dioses muertos, todas las guerras acabadas, toda fe en el hombre puesta en duda”. Definió la Edad del Jazz, la prosperidad efecto de la primera Guerra mundial y diagnosticó con amargura su inevitable fracaso, pues la nueva clase que surgiría con el enriquecimiento, terminaría por traicionar todos los ideales de alegre y generosa jovialidad por su materialismo y su ignorancia.

Esta novela contiene el retrato implacable de esa nueva clase. Jay Gatsby, su protagonista, es el prototipo de la persona de clase baja, inmoral e imprudente, que quiere triunfar a toda costa y que finalmente será destruida por el poder mayor de aquellos a los que trata de imitar, cuya inmoralidad es superior a la suya. Y sin embargo, Nick, narrador de esta historia, dotado de una indiscutible perspicacia para percibir la falsedad y dureza del sistema clasista americano, no puede dejar de rendirse hacia su indiscutible encanto. Su aura romántica, le transforma en lo contrario de los verdaderos ricos, una clase alta casi desde su origen, sin moral, que carece de posibilidades redentoras. Gatsby no pertenece a esa clase, o no al menos enteramente. De hecho su deseo de riqueza no tiene otra causa que conseguir el amor de una muchacha. Keats y el romanticismo le han enseñado a Fitzgerald que la verdad era belleza, pero también que la vida debe vivirse al instante, porque nada mortal, y especialmente la belleza y la juventud, puede ser duradero. El creador sería aquel que trabaja para los demás, de modo que puedan aprovechar la luz y el brillo del mundo. Y Gatsby cumple exactamente esa función, la de situarse en ese centro y devolvernos en forma de sueño lo que antes tomó, con precipitación y avaricia. Y ese es su inequívoco encanto. Su reino es, por eso, el del enamorado del sombrero de oro que aparece en la cita con que se abre el libro. “Ponte el sombrero dorado, si eso ha de conmoverte; si eres capaz de saltar muy alto, hazlo también por ella, hasta que exclame: ¡Enamorado saltarín, enamorado del sombrero de oro, tendrás que ser mío!”

Para el bailarín enamorado se trata de una búsqueda doble: lograr el objeto de su visión, y recobrar esa visión en su forma eterna y divina. Es decir, el viejo sueño de los alquimistas de transmutar la materia en oro. Y el oro es, claro, símbolo del poder y del dinero pero sobre todo de esa eternidad y esa plenitud. O dicho de otra forma, el oro de las cuentas bancarias se transmuta gracias a esa presión de los sueños en el oro mágico de los cuentos. “Mi prima tiene una voz indiscreta -hice notar. (...) Una voz llena de dinero -dijo Gatsby de repente. Así era. No lo había entendido hasta entonces. Estaba llena de dinero: ése era el encanto inagotable que subía y bajaba de su voz, su tintineo como de campanillas, la melodías de címbalos

que había en ella... En lo alto del blanco palacio la hija del rey, la muchacha de oro...” La muchacha de oro es, claro, la chica rica, descarada, autónoma e insaciable de tantos relatos de Scott Fitzgerald, una de esas criaturas desconsideradas capaces de hacer añicos cuanto se pone a su alcance y de “volver enseguida a su dinero y a su desconsideración dejando que otros se encarguen de limpiar lo que ellas han ensuciado”, pero capaz también de revelarnos, gracias a su rara facilidad para confundir realidad y ficción, que “la roca del mundo está sólidamente asentada sobre las alas de un hada”.

Y entonces entenderemos la maravillosa cualidad de esta novela, y la fascinación eterna que ha ejercido y seguirá ejerciendo sobre sus lectores, que no es otra que su cualidad de cuento de hadas. Una cualidad que, por ejemplo, se hace patente en el tratamiento que recibe en ella la luz, el color y la naturaleza. Nick viene del oeste y, en las primeras páginas de la novela, contempla la llegada del verano en Nueva York con los ojos de quien se asoma al paisaje de la frontera. Cualquier cosa puede entonces suceder, ovejas paseándose por la quinta avenida, grandes explosiones de hojas brotando de los árboles como brotan las cosas de las películas aceleradas, incluso una luna prematura saliendo, como la cena, de la cesta de los proveedores de las fiestas de Gatsby. Esto último es un efecto, claro, del dinero, de las posibilidades mágicas de la riqueza, pero también del aura misteriosa que rodea a Gatsby y a su espera en la noche. Nick se da cuenta de que Gatsby sólo trata de hacer retroceder el tiempo hacia un nuevo comienzo, ese punto dejado atrás hace cinco años en que él y Daisy hicieron su paseo encantado, y vio que las baldosas de las aceras formaban en realidad una escalera y subían hasta un lugar secreto por encima de los árboles, donde podría beber la incomparable leche de lo maravilloso. Pero también aprende una cosa, que no se puede regresar al pasado.

Por eso toma partido por él. La corrupción de los medios utilizados para alcanzar sus fines no ha alterado la integridad congénita de su alma. Dichos medios formaban parte de la corrupción de la época y eran los únicos que poseía un chico sin fortuna para realizar sus sueños. La verdadera corrupción, la del corazón, la descubre Nick, precisamente, en aquellos que desprecian a Gatsby y, sobre todo, en Tom, su rival en el amor.

Y toma partido por él porque Gatsby, vive en el tiempo sagrado de la creación, y su sacrificio no es inútil, porque gracias a él y a los que son como él descubrimos, como le sucede al protagonista de Absolución, uno de los cuentos que Scott Fitzgerald escribe poco antes de meterse de lleno en la redacción de El gran Gatsby, “que en alguna parte existe algo inefablemente maravilloso que no tiene que ver con Dios” (y aquí, en vez de Dios, podríamos escribir

Poder o Dinero; es decir, “la roca del mundo”). “Al otro lado de la ventana, se lee en el último párrafo de este cuento, el siroco temblaba sobre el trigo, y chicas rubias paseaban sensualmente por los caminos que unían los campos, gritándoles frases inocentes y excitantes a los muchachos que trabajaban en los trigales. Bajo los vestidos de algodón se adivinaban la forma de las piernas, y el borde de los escotes estaba tibio y húmedo. Hacía ya cinco horas que la vida fértil y caliente ardía en la tarde. Dentro de tres horas sería de noche, y en toda la región aquellas rubias nórdicas y aquellos altos muchachos de las granjas se tenderían junto al trigo bajo la luna.”

Y esa es la virtud de esta novela incomparable, una de las más hermosas que se han escrito jamás. La de hacernos sentir que también nosotros, gracias al poder de los sueños, podemos estar con esos muchachos y muchachas de las granjas en el mejor de los sitios y tenderlos junto al trigo, bajo la luna.

Nota: Los fragmentos de *El gran Gatsby*, se citan en la traducción de José Luis López Muñoz; los de *Absolución*, en la de Justo Navarro.